



EXEQUIAS DE FERNANDO EL CATÓLICO EN ESPAÑA, ITALIA, FLANDES E INGLATERRA

[Recibido: 14 de marzo de 2016]
[Aceptado: 22 de abril de 2016]

Jesús F. Pascual Molina
Universidad de Valladolid

RESUMEN

Tras el fallecimiento de Fernando el Católico, el 23 de enero de 1516, diferentes ciudades tanto de los reinos hispánicos como de otros territorios, dispusieron lo necesario para honrar la memoria del finado. Algunas noticias al respecto son conocidas, como las relativas a los funerales en Bruselas o Roma. Sin embargo otras, como las que se refieren a lo sucedido en Londres, no han sido todavía estudiadas. En este trabajo realizamos un recorrido por los diferentes funerales ofrecidos en memoria del rey católico, analizando algunos de sus componentes artísticos y políticos, y deteniéndonos, por lo novedoso, en el funeral inglés.

Palabras clave: exequias; Fernando II de Aragón; arte y poder

ABSTRACT

Obsequies of king Ferdinand of Aragon in Spain, Italy, Flanders and England

After the death of Ferdinand II of Aragon, on January 23 1516, different cities both of spanish kingdoms and other territories, arranged the necessary things to honor the memory of the deceased. Some facts about it are known, such as those relating to funerals in Brussels or Rome. However others, such as what happened in London, have not yet been studied. In this paper an approach to the different funerals offered in memory of the king is made, analyzing some of their artistic and political components, specially the english funeral, because of its novelty.

Key words: obsequies; Ferdinand II of Aragon; art and power

EXEQUIAS DE FERNANDO EL CATÓLICO EN ESPAÑA, ITALIA, FLANDES E INGLATERRA ¹

En 1516, el rey don Fernando decidió pasar el invierno en Extremadura. Zurita afirma que “Avía salido el Rey de Madrid, con propósito de yr a Seuilla y de allí a Granada, como quien se acercaua a su sepultura: y fue por el campo de Arañuelo a Plazencia, a donde llego a fin del mes de Nouiembre”². Allí fue solemnemente recibido y asistió a la boda de su sobrina doña Ana de Aragón con don Alonso, duque de Medina Sidonia. Desde allí se dirigió al lugar de La Abadía, propiedad del duque de Alba y a decir de Zurita “muy deleytoso, y apazible”³, donde practicó la caza –a pesar de su estado de salud–, y no dejó de participar activamente en el gobierno de los reinos, pues ratificó el tratado con Inglaterra y recibió al embajador de su nieto don Carlos, Adriano de Utrecht⁴.

En Navidad se retiró junto al infante don Fernando a Plasencia, pasando después a Trujillo mientras su corte se instalaba en Guadalupe, hacia donde se dirigía el monarca, con intención entre otras cosas de ordenar los asuntos de la orden de Calatrava, cuando tuvo que hacer un alto en el camino por agravarse su salud. A pesar de viajar en andas y sufrir terribles dolores, no dejaba de practicar la caza⁵, pero llegó un momento en que su salud no resistió más. El empeoramiento le sorprendió en el lugar de Madrigalejo, instalándose en “en una casita desguarnecida e indecorosa”⁶, la llamada casa de Santa María,

unas dependencias propiedad de los monjes de Guadalupe⁷. Allí fue visitado por Adriano de Utrecht y redactó su testamento, y allí se trasladó también la reina Germana que acudió desde Aragón.

El rey se veía aquejado de varias dolencias, incluyendo problemas cardiacos, que terminaron con su vida⁸. Finalmente, el monarca falleció pasada la medianoche del 23 de enero de 1516, a la edad de 63 años.

Conocida la muerte de un monarca, las ciudades del reino se aprestaban a preparar lo relativo a sus exequias, y prácticamente todas las poblaciones se vestían de luto y organizaban ceremonias religiosas. El ceremonial fúnebre variaba de unos territorios a otros, con peculiaridades respecto a su organización y desarrollo, así como en lo referido al protagonismo de la arquitectura efímera⁹. Así, por ejemplo, en Aragón jugaba un papel muy importante la exposición del cadáver y la ceremonia del “correr las armas”¹⁰, mientras en algunas ciudades las demostraciones de dolor y las ceremonias religiosas con presencia de un túmulo arquitectónico, tenían lugar en el exterior, como suele ocurrir en Zaragoza –en la Plaza del Mercado– o en Mallorca –en el patio del alcázar real–. En Castilla¹¹, la procesión fúnebre, las ceremonias religiosas y el luto, eran las principales manifestaciones externas. Tal vez se pueda afirmar que en Aragón el ceremonial estaba más reglamentado, especialmente en lo que se refiere a la participación de las autoridades urbanas, que cuidaron muy mucho de que las fórmulas y actos se repitiesen a lo largo del tiempo, sin variación alguna, especialmente en lo que se

(1) Este trabajo se ha realizado en el marco de Proyecto de Investigación I+D del Ministerio de Economía y Competitividad HAR2013-41053-P *Arte y lujo. Valoración y presencia de los tapices flamencos en España en los siglos XV y XVI y su fortuna posterior*. El autor es miembro del Grupo de Investigación Reconocido *Arte, poder y sociedad en la Edad Moderna* de la Universidad de Valladolid.

(2) ZURITA (1610), fol. 400 v.

(3) *Ibidem*.

(4) Los últimos momentos de la vida del rey en LADERO QUESADA (2016).

(5) *Ibidem*, p. 238.

(6) ANGLERÍA (1956), p. 217.

(7) LADERO QUESADA (2016), p. 239.

(8) CALDERÓN (1991), pp. 11-17.

(9) Algunas referencias respecto al ceremonial fúnebre real en Castilla, Aragón y Navarra en DOMÍNGUEZ CASAS (1993), pp. 216-222. Es importante también la lectura de VARELA (1990).

(10) ESPAÑOL (2007).

(11) CABRERA SÁNCHEZ (2001).

refiere a lugar –real y simbólico, como expresión de poder– que debían ocupar¹².

El funeral sirve para recordar la memoria del finado y señalar sus virtudes. Asimismo, en ocasiones también para exaltar al nuevo monarca o como expresión de lealtad hacia los nuevos soberanos, por lo que también ocurre que el momento del conocimiento de la muerte del rey se convierte en estallido de revueltas, como sucede en algunos territorios virreinales, lejos de la corte.

Ante la muerte de un rey, es frecuente que otros estados celebren también honras fúnebres, especialmente si existía un nexo de unión con el monarca fallecido, a través de la pertenencia a órdenes de caballería, por ejemplo, o por lazos familiares.

Precisamente la familia es un elemento omnipresente en la celebración de exequias, donde la exaltación del linaje es una pieza clave que sirve además de enlace entre el difunto y el nuevo soberano, y por tanto como elemento de legitimación.

Tras la muerte de Fernando el Católico, sus honras fúnebres sirvieron en efecto como escenario para todos estos juegos de poder: la conmemoración de las virtudes del difunto, la proclamación de sus herederos y la celebración del linaje.

Exequias en España

En Madrigalejo apenas se preparó el cadáver del rey don Fernando, que salió rápidamente hacia Granada, siguiendo su última voluntad,

para ser enterrado junto a su primera esposa en la Capilla Real¹³. El cortejo permaneció algunas jornadas en el monasterio de Guadalupe, donde debió celebrarse alguna ceremonia¹⁴.

De todas las localidades por las que atravesó la comitiva en tan largo viaje, apenas sabemos nada salvo de lo ocurrido en Córdoba, donde se celebraron exequias con gran pompa¹⁵. La ciudad más importante del recorrido, sin incluir Granada, debía necesariamente ofrecer más y mejores solemnidades, pero además la ciudad poseía una especial vinculación con el monarca, que había residido en ella, y jugó especial papel en la campaña contra el reino nazarí¹⁶. El cadáver llegó a Granada, donde el 6 de febrero se hizo entrega del mismo a las autoridades, siendo depositado junto a los restos de su esposa doña Isabel¹⁷.

También otras ciudades castellanas celebraron sus exequias, como Loja¹⁸, donde también sin duda sirvió la ceremonia para recordar la toma de la ciudad. Desconocemos si en Valladolid tuvo lugar algún tipo de celebración, si bien es lógico pensar que así fue, pues además esta fue muy significativa para el monarca –especialmente en términos personales–, y jugó un importante papel en los últimos años de vida del monarca¹⁹, pero la pérdida de los libros de actas del Ayuntamiento de ese año nos impide precisar este hecho. Conocemos, sin embargo, que un año más tarde el ayuntamiento discutió sobre la posibilidad de celebrar un aniversario de la muerte del rey Fernando²⁰.

Además de en Castilla –donde Zurita señala que algunos nobles mostraron cierta alegría por el fallecimiento del rey²¹–, la muerte del rey católico fue sentida en su reino de Aragón, ce-

(12) Es paradigmático el caso de Barcelona, con recopilaciones del ceremonial de estos y otros actos, como se ve en DURAN I SANPERE y SANABRE (1930).

(13) Sobre la Capilla Real, cfr. GALLEGO Y BURÍN (1952) y PITA ANDRADE (1994).

(14) CABRERA SÁNCHEZ (2001), pp. 552-553.

(15) RAMÍREZ DE ARELLANO (1919); MORENO ROMERA (1983); CABRERA SÁNCHEZ (2001), pp. 553-555; MARTÍN BARBA (2016).

(16) CABRERA SÁNCHEZ (2001), p. 555.

(17) Sobre el traslado a Granada, cfr. D'ALBIS (2009), pp. 254-256.

(18) CRUZ CABRERA y GALERA MENDOZA (1998).

(19) Sus dos enlaces matrimoniales tuvieron a esta ciudad como escenario privilegiado. Cfr. PASCUAL MOLINA (2013).

(20) *Ibidem*, p. 81.

(21) ZURITA (1610), fol. 405.

lebrándose honras fúnebres en todo su territorio, como las que tuvieron lugar en Zaragoza, Barcelona, Gerona, o Valencia²², donde además de los tradicionales túmulos y funciones religiosas, se celebraba también la tradicional ceremonia del *córrer les armes*²³, omnipresente en el ritual fúnebre de la corona de Aragón, y que se vinculaba con la cultura caballeresca medieval y el acto simbólico de representación del monarca y su muerte a través de banderas y escudos. Sin embargo, en ocasiones, la muerte del rey y su recuerdo, interesaba menos que la solución de las disputas cotidianas y el enfrentamiento entre las autoridades y el poder real, como ocurrió en Valencia²⁴.

Sicilia, Nápoles y Roma

Los territorios italianos vinculados a la corona de Aragón, también fueron escenario de actos fúnebres en recuerdo de don Fernando, al tiempo que espacio de tensiones políticas.

En Sicilia, conocida la noticia del fallecimiento del rey, se procedió a proclamar a los nuevos monarcas, doña Juana y su hijo don Carlos, y a conceder indultos y gracias a la población de Mesina, tratando de mitigar el recelo que se tenía contra el virrey Hugo de Moncada²⁵, al que se acusaba de actuar en beneficio propio y en contra de los intereses del reino. Sin embargo, poco se pudo hacer. El virrey envió al cardenal Cisneros una carta, fechada el 30 de abril, en la que relataba lo sucedido en el reino²⁶. Algunos nobles se habían reunido en Palermo “donde procuran tener parlamento”. El asunto que preocupaba a Moncada era que algunos de los barones decían que “yo no soy más visorey y que soy enemigo del reyno”, insinuando que lo perderían todo si el seguía en el cargo y cosas semejantes que resultaron un agravio a su persona. Palermo era un caos, “los merca-

deres extranjeros se van y en la ciudad no se hace justicia, no se pagan deudas no hay quien las ose pedir, de manera que la dicha ciudad tiene mucha necesidad de presto remedio con dar pugnición a los delinquentes”²⁷. En Mesina se trataba de levantar a la gente contra las autoridades, y algunos nobles abandonaron la ciudad, mientras el castillo de Siracusa, “que es cámara de la serenísima señora Reyna Germana”, había caído en poder de los rebeldes. Al problema en las ciudades se sumaba el aviso del rey don Carlos de que el virrey “esté vigilante en este reyno por armada de Francia que pudiese venir”²⁸. Para la defensa era crucial la recuperación de la fortaleza de Siracusa, que se estaba reconquistando, pero Moncada señalaba que “su magestad tiene aca muchos dineros perdidos por estas confusiones y tumultos”.

Ante tal situación, algunos nobles de la ciudad de Palermo dejaron esta y partieron hacia Termini, “volendo evitare gli scandali, omicidi ed altri danni”, y fue en aquella ciudad, en la iglesia mayor, donde se celebraron los funerales por Fernando el Católico, y se procedió a declarar su fidelidad a sus herederos a doña Juana y don Carlos²⁹.

El 30 de abril, desde Castelnuovo, el virrey de Nápoles don Ramón de Cardona escribía una misiva a la reina doña Juana³⁰, en la que le transmitía su pésame expresándose en estos términos: “ha plazido a Dios nuestro señor, por nuestros pecados, darnos tan rezió açote”, quedando, señalaba, el consuelo de “que su muerte fue tan cathólica como se esperaua de su vida”. Al mismo tiempo, reconocía por herederos a la reina doña Juana y a su hijo don Carlos.

Don Ramón de Cardona daba cuenta de cómo no se tenían noticias ni de Castilla ni de Flandes respecto a la muerte del rey, “porque no se sabía sino por vía de Francia”, si bien la prudencia hizo esperar noticias que confirmaran

(22) SOLANO COSTA (1965); ALLO MANERO (1993), pp. 167-174.

(23) ESPAÑOL (2007).

(24) BELENGUER CEBRIÁ (2012), pp. 369-374, y en especial p. 369, n. 155.

(25) GALLO (1758), p. 450.

(26) RAH, Salazar y Castro, A-16, fols. 50-53.

(27) Ibidem, fol. 50.

(28) Ibidem, fol. 52.

(29) LA LUMIA (1862), p. 68.

(30) RAH, Salazar y Castro, A-16, fols. 48-49.



Fernando el Católico, Museos Vaticanos, estancia del Incendio del Borgo, Escuela de Rafael, 1514-1517.

lo que era ya sabido por todos. Un carta del arzobispo de Zaragoza –don Alonso de Aragón, hijo natural del rey Fernando– confirmó la noticia, momento en que el virrey hizo “llamar a todos los barones deste reyno que aquí se fallaron y a los otros desta çiudad”, y les comunicó el deceso, comenzando entonces las muestras de dolor. En su narración, el virrey deja clara la fidelidad para con la corona: “falle en ellos tanta fidelidad y tan entrañable amor y voluntad de querer biuir y morir conmigo en seruicio de vuestra alteza y del rey mi señor que fue para tan grande perdida mucho consuelo”. Por ello,

se apresuraron a proclamar a doña Juana como reina por las calles de Nápoles. Esta ceremonia consistía en cabalgar por la ciudad, recorriendo sus barrios, “estando en cada uno dellos los caualleros y çiudadanos que por su vezindad en cada fecho hauya dieron la obediencia a vuestra alteza y al rey mi señor, llamando los de cada fecho y por toda esta ciudad a grandes voces que viuiessen vuestras mercedes por muchos años”. Y dada la vuelta por toda la ciudad, se volvió a Castelnovo, donde también el castellano “fizo la demostración que en tal caso acostumbran de fazer los alcaýdes”³¹.

(31) Ibidem, fol. 48 v.

Tras las ceremonias de demostración de fidelidad, comenzaron los actos de duelo. Relata Cardona: “fecho el dicho acto nos vestimos todos de luto y di orden en las obsequias las quales dentro de siete o ocho días se fizieron muy solemnes en el monasterio de Santo Domingo desta ciudad como a un tan grande príncipe rey y señor conuenía”³². Concluía su relato señalando que a diferencia de otras ocasiones y lugares, que la muerte del rey propicia los tumultos y revueltas –como ocurrió en Sicilia–, en este caso el reino había “estado con tanta paz y obediencia y entranta tranquilidad y sosiego en seruicio de vuestras mercedes como estaua en vida de la cathólica majestad que santa gloria haya”³³.

También en Roma –donde se habían oficiado funerales por el príncipe don Juan y la reina Isabel³⁴–, se celebraron exequias en la iglesia de Santiago de los Españoles, donde se erigió un túmulo de inspiración clásica pero dentro de los cánones del *capelardente* tradicional, de planta cuadrada, con gran presencia del elemento heráldico, y con un remate piramidal donde se disponían cirios y velas³⁵. Las banderas mostraban no solo las armas del difunto, sino que también aparecían las de otros reinos con los que este poseía relación, como Portugal e Inglaterra, así como la alusión a la orden del Toisón de Oro³⁶. Las inscripciones que ornaban el túmulo, escritas en latín, hacían referencia al linaje, a los dominios del monarca y a su carácter de defensor de la fe, reproduciendo alegóricamente una imagen muy asociada a don Fernando, semejante a la representación que aparece en las estancias de los apartamentos pontificios.

Honras fúnebres en Bruselas

Don Carlos, nieto de don Fernando, ordenó celebrar un solemne funeral en su corte de Bru-

selas, punto de partida de su toma de poder en los reinos hispánicos: encerrada su madre en Tordesillas y fallecido su abuelo, solo restaba acudir a la Península para ser reconocido como soberano.

Las exequias tuvieron lugar los días 14 y 15 de marzo en la catedral de Santa Gúdula³⁷. Se erigió un catafalco, siguiendo el modelo de *capelardente* de tradición medieval, de planta cuadrada, con un remate de tres alturas donde se colocaba la cera. Este túmulo sería semejante al erigido en 1558 durante las exequias celebradas en honor del emperador Carlos V. En el cortejo fúnebre se empleó un carro triunfal, de corte clásico y con alusiones a la antigüedad y alegorías de los reinos del difunto, ornamentado con las armas reales. El carro representaba, especialmente, el poder político del monarca, el conjunto de los territorios conquistados, con alusiones a la victoria y la fama, así como al la defensa de la religión³⁸. La representación del monarca se llevó también a cabo mediante el estandarte real y la presencia de una corona junto con el collar de la orden del Toisón de Oro sobre un caballo engualdrapado³⁹.

Precisamente los caballos, con gualdrapas ornadas con los escudos de armas de los diferentes territorios del fallecido, acompañados por banderas de las mismas armas, fueron los protagonistas de la segunda jornada, en un acto semejante al que años más tarde, en 1558, registren los Doetecum en su obra sobre la pompa fúnebre del emperador don Carlos. Tras las ceremonias religiosas, se proclamó a nuevo príncipe, siguiendo la tradición borgoñona⁴⁰.

El funeral por Fernando el Católico servía no solo para dignificarle, sino especialmente para vincular al heredero, don Carlos, con el ideal caballeresco y político que había encarnado su

(32) Ibidem.

(33) Ibidem, fol. 49.

(34) FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES (2005).

(35) RUIZ GARCÍA (2015).

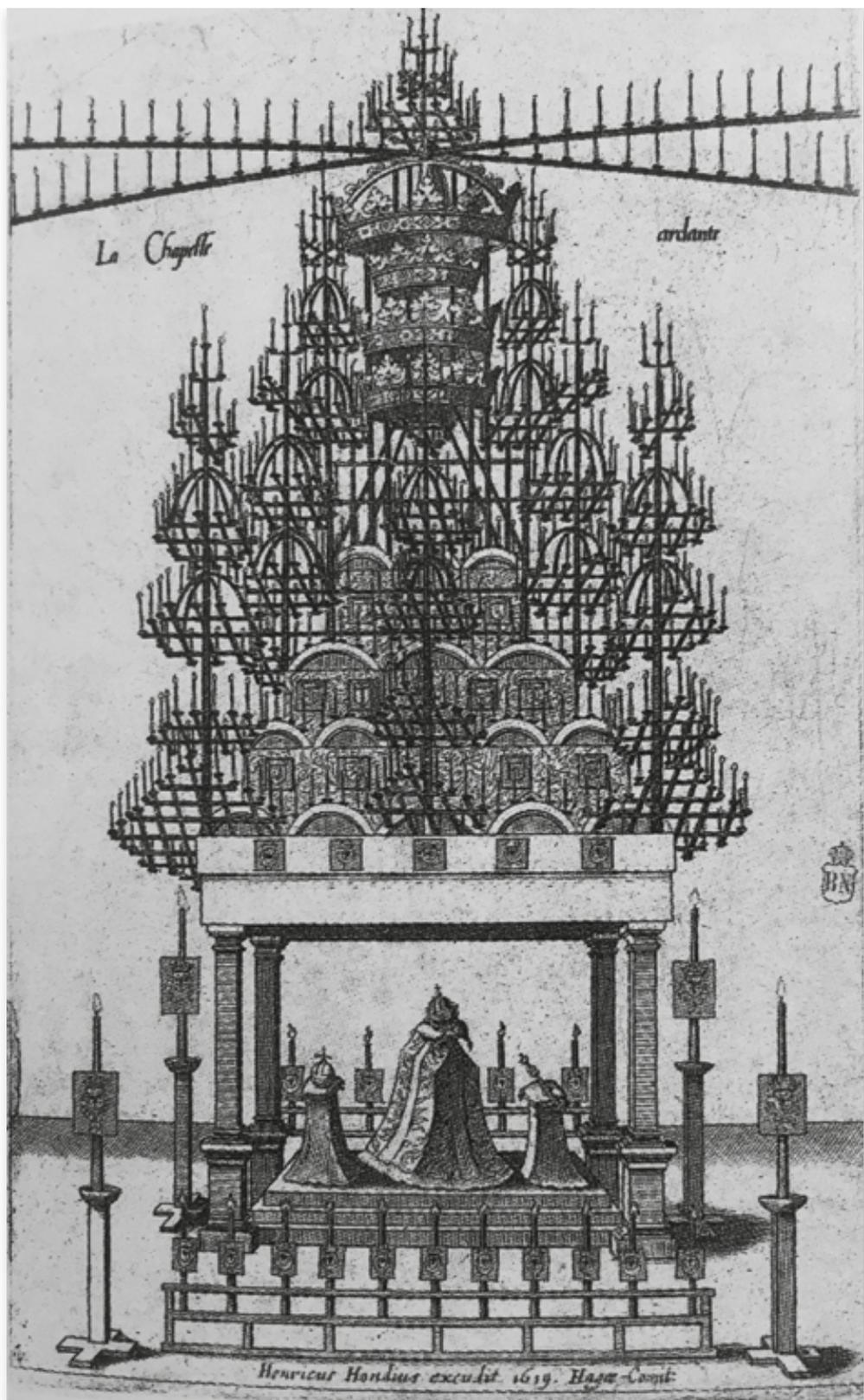
(36) RUIZ GARCÍA (2003), pp. 283-284.

(37) Ibidem, pp. 276-278.

(38) Esta imagen, como la que se quiso transmitir en las ceremonias de Roma, enlaza con una representación del monarca muy concreta, vinculada al mundo clásico y la defensa de la fe. Cfr. MORTE GARCÍA (2013), pp. 345-346.

(39) RUIZ GARCÍA (2003), p. 277.

(40) Ibidem, p. 278.



Túmulo de Carlos V, erigido en Bruselas en 1558, según *La magnifique et sumptueuse pompe funébre...*, de Lucas y Jean Doetecum, Amberes, 1559.

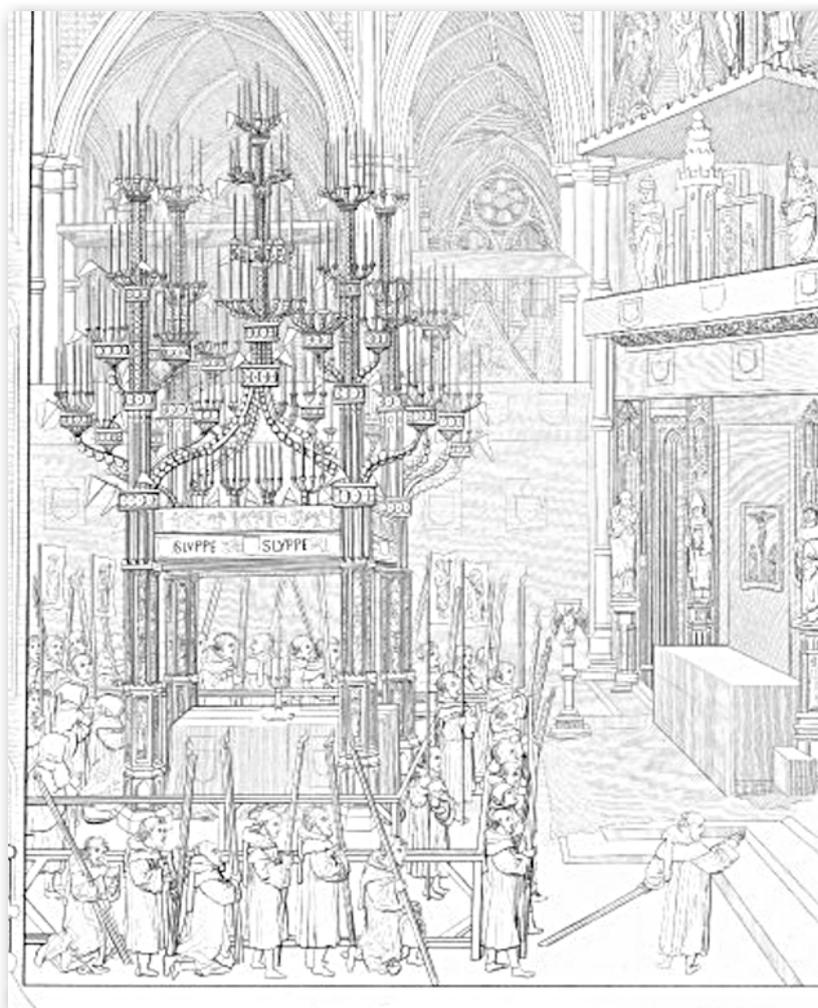
abuelo, una de las figuras más importantes de la política del siglo XV y principios del XVI, un buen espejo de príncipes.

El funeral londinense

Existía entre Inglaterra los territorios hispanos cierta relación de amistad, basada fundamentalmente en el enfrentamiento con Francia, e incluso la política matrimonial emprendida por el rey católico había llevado a su hija la infanta Catalina a contraer matrimonio con los hijos de Enrique VII: primero con el malogrado príncipe Arturo, y a continuación con su hermano el futuro Enrique VIII. Don Fernando, además, era miembro de la Orden de la Ja-

rrera desde 1480, a la que habían accedido algunos caballeros extranjeros como parte de la política diplomática de Eduardo VI. No conocemos representación alguna de don Fernando como miembro de la orden, pero precisamente este estatus, así como los lazos familiares tejidos con los Tudor a través de la infanta Catalina, y los tratados que existían entre ambas potencias, hicieron que se le dispensase un funeral de estado en la catedral de San Pablo de Londres.

Las honras tuvieron lugar el último día del mes de febrero. El presbiterio y coro de la iglesia fueron cubiertos de paños negros y decorados con escudos de armas. Se erigió un túmulo, ornamentado con doce banderas heráldicas y escudos, rodeado por barreras y cubierto de



Ejemplo de catafalco inglés. Túmulo de John Islip erigido Westminster en 1532, según el Obituary Roll of John Islip, abbot of Westminster. Grabado realizado en 1808 para *Vetusta Monumenta*, vol. IV, pl. XVIII, Londres, 1815.

paños negros⁴¹. En los funerales ingleses, La arquitectura efímera tenía una configuración especial, muy conservadora en su desarrollo, apenas evolucionando desde el modelo medieval hasta entrado el siglo XVII, y donde el túmulo era rodeado por unas barreras que lo separaban del resto de la iglesia marcando la jerarquía y protagonismo de los participantes en el ritual, generando un espacio reservado a los dolientes y relacionado también con la ceremonia de la ofrenda (donativo económico realizado durante el funeral), punto álgido del ceremonial. En el caso de funeral por don Fernando, los dolientes que ocuparon su puesto en los asientos preparados a tal efecto entre las barreras fueron el duque de Norfolk, el duque de Suffolk, el marqués de Dorset, y los condes de Surrey, Salop, Devon y Worcester, que participaron también en el ofrecimiento.

Junto al túmulo, se colocó también un estandarte con las armas del difunto y a la cabeza de la arquitectura se situó el rey de armas Jarrretera. Cuatro heraldos se dispusieron en las esquinas, donde había también cuatro banderas con representaciones de santos, elemento común en el ceremonial inglés⁴². En 1555, cuando se celebró el funeral por el alma de la reina doña Juana, las banderas representaron a la Trinidad, Nuestra Señora, Santiago y San Juan⁴³, santos estos últimos vinculados a las devociones españolas y de sus monarcas. Desconocemos las empleadas en el funeral de don Fernando, pero es posible que Santiago estuviera presente, como patrón de España, al igual que San Jorge, devoción de los monarcas aragoneses y que terminó por convertirse en patrón del reino de Aragón.

Nueve preladados, entre obispos y abades, vestidos de pontifical, oficiaron el funeral, en el que participaron numerosos miembros del clero y dignidades, y asistieron además de diversos nobles y el embajador del emperador, así

como las autoridades y representantes de los gremios de la ciudad de Londres.

El ceremonial fúnebre inglés⁴⁴ daba una importancia especial al elemento heráldico. De hecho es frecuente referirse a él como “funeral heráldico”, por la presencia de escudos y banderas, perfectamente reglamentada por los oficiales de armas⁴⁵. Las banderas empleadas para ornamentar el túmulo⁴⁶ representaban no solo las armas reales –cuartelado de Castilla y León, y Aragón-Sicilia, con Granada en punta, timbrado de corona real–, sino también las armas independientes de los diferentes reinos vinculados al monarca –Castilla y León, Aragón y Sicilia, Granada, y partido de Aragón-Sicilia y Castilla y León–. Estas banderas suponen la representación de los territorios del difunto. Pero además, con un sentido de exaltación del linaje, además de la vinculación con Inglaterra, se incluyeron otras banderas: una con las armas partidas de Inglaterra y Castilla y León, correspondientes al rey Eduardo I y Leonor de Castilla; las armas de Juan de Gante, duque de Lancaster, esposo de Cosntanza de Castilla –hija de Pedro I– y pretendiente a la corona castellana, que vinculaba –como ancestro común– los reinos de Inglaterra y Castilla. Por último, se colocaron también las banderas que se referían a las alianzas de las descendientes del monarca: una bandera partida de Inglaterra y España, en alusión a la unión entre Enrique VIII y la infanta doña Catalina; otra bandera con las armas partidas de Borgoña y España, representando a don Felipe y doña Juana; y una última bandera, con las armas partidas de Portugal y España, unión que se efectuó primero con el casamiento entre la infanta doña Isabel y el infante portugués don Alfonso, y a la muerte de este con el rey Manuel I, que casó al enviudar con la infanta doña María. El elemento heráldico servía así de importante vehículo de propaganda y exaltación familiar. A diferencia de lo que ocurrió con otros miembros de la

(41) British Library, Add. Ms. 45.131, fol. 33.

(42) En los funerales ingleses era frecuente la aparición de estas banderas, especialmente Nuestra Señora y la Trinidad, junto con la representación de San Jorge, patrón de Inglaterra. Cfr. LOACH (1994).

(43) ZALAMA y PASCUAL MOLINA (2015), p. 167.

(44) Aunque referida fundamentalmente a un período posterior, es fundamental la consulta de la obra de WOODWARD (1997).

(45) Los oficiales de armas del *College of Arms*, además de reglamentar, supervisar y participar en las ceremonias fúnebres, obtenían además de su salario, algunos elementos de la arquitectura efímera en donativo, para que dispusieran de ello. En este caso se les entregó parte de los tejidos negros y parte de la madera de las barreras del túmulo.

(46) British Library, Add. Ms. 45.131, fols. 32 v. y 33.

orden, no hay constancia de la representación de las armas del difunto vinculadas a la orden de la Jarretera, es decir con el liga y el mote *Honi soit qui mal y pense*, alrededor⁴⁷. Como recoge la documentación, también la decoración de escudos del presbiterio contaba “with scochuns of his armes mariege of his daughters and of his discents”⁴⁸.

Además, el rey Enrique concedió licencia a la reina catalina y sus damas, para que vistieran luto por la muerte de don Fernando⁴⁹.

Más tarde, en 1555, su hija doña Juana fue también recordada en el funeral que Felipe II y María Tudor organizaron en la misma catedral⁵⁰. No corrió la misma suerte la reina Catalina, que murió alejada de la corte y despreciada por su esposo⁵¹.

Conclusiones

La muerte de un monarca, además de ser un hecho luctuoso –sobre todo para la familia–, se convierte en un momento en el que se reafirma o se cuestiona la autoridad, especialmente en los territorios alejados de la corte, donde el vacío de poder era más notorio. Asimismo, es la ocasión adecuada para recordar la legitimidad de los gobernantes y exaltar el linaje al que pertenecen. Y en el caso de las potencias extranjeras, sirven también para posicionarse en un mundo de alianzas y enfrentamientos. No podemos olvidar que en efecto se recuerda también al difunto, mediante un despliegue simbólico en el que se destacan las virtudes del fallecido. El elemento artístico, fundamentalmente la arquitectura efímera, y el despliegue de ornamentaciones dominado por la heráldica, contribuyen a la construcción de este entramado sobre el que se desarrolla la compleja política cortesana, donde cada acto es, además un escenario de los juegos de poder.

BIBLIOGRAFÍA

ANGLERÍA, Pedro Mártir de (1956): “Epistolario”, en Documentos Inéditos para la Historia de España (DIHE), ed. de J. López de Toro, vol. XI, Madrid, Góngora.

ALLO MANERO, María Adelaida (1993): Exequias de la Casa de Austria en España. Italia e Hispanoamérica, Tesis doctoral, Zaragoza, Universidad de Zaragoza.

BELENGUER CEBRIÁ, Ernest (2015): Fernando el Católico y la ciudad de Valencia, Valencia, Universitat de València.

BELTZ, George Frederick (1841): Memorials of the order of the Garter, Londres, William Pickering.

CABRERA SÁNCHEZ, Margarita (2001): “Funerales regios en la Castilla Bajomedieval”, Acta historica et archaeologica mediaevalia, 22, pp. 537-564.

CALDERÓN, Emilio (1991): El rey ha muerto, Madrid: Cirene.

CRUZ CABRERA, Policarpo y Esther Galera Mendoza (1998): “Las exequias reales de don Fernando el Católico en la ciudad de Loja”, en VV.AA., Tomás Quesada Quesada. Homenaje Granada, Universidad de Granada, pp. 173-185.

D’ALBIS, Cécile (2009): “Sacralización real y nacimiento de una ciudad simbólica: los traslados de cuerpos reales a Granada, 1504-1549”, en Chronica Nova, 35, pp. 247-266.

DOMÍNGUEZ CASAS, Rafael (1993): Arte y etiqueta de los Reyes Católicos. Artistas, residencias, jardines y bosques, Madrid, Alpuerto.

DURAN I SANPERE, Antoni y SANABRE, Josep. (eds.) (1930): Llibre de les Solemnitats de Barcelona, I, Barcelona, Intitució Patxot.

(47) Algunas fuentes inglesas, de historiadores de la orden, indican que la elección no fue completa por haberla el monarca rechazado o no expresar claramente su aceptación. Así lo recoge por ejemplo BELTZ (1841), p. clxvi.

(48) British Library, Add. Ms. 45.131, fol. 33. También, College of Arms, Series I, vol. 3, fol. 12.

(49) British Library, Add. Ms. 45.131, fol. 33, v.

(50) ZALAMA y PASCUAL MOLINA (2015).

(51) Su funeral tuvo lugar en Kimbolton y su cuerpo fue trasladado luego a la catedral de Peterborough, celebrándose ceremonias en los altos del camino. cfr. College of Arms, M. 6 bis, fol. 36 v.

ESPAÑOL, Francesca (2007): “El Córrer les armes. Un aparte caballeresco en las exquias medievales hispana”. *Anuario de estudios medievales*, 37/1, pp. 867-905.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Álvaro (2005): “Imagen de los Reyes Católicos en la Roma pontificia”, *En la España medieval*, 28, pp. 259-354.

GALLEGO Y BURÍN, Antonio (1952): *La capilla real de Granada*, Madrid, CSIC.

GALLO, Cajo Domenico (1758): *Annali della città di Messina*, II, Mesina, Francesco Gaipa.

LA LUMIA, Isidoro (1862): *La Sicilia sotto Carlo V Imperatore*, Palermo, Fratelli Pedone Lauriel.

LADERO QUESADA, Miguel Ángel (2016): *Los últimos años de Fernando el Católico (1505-1517)*, Madrid: Dykinson.

LOACH, Jennifer (1994): “The function of Ceremonial in the Reign of Henry VIII”, *Past & Present*, 142, pp. 43-68.

MARTÍN BARBA, José Julio (2016): “Guayas, lutos y exequias en el itinerario del cortejo fúnebre de Fernando el Católico”, *en De Medio Aevo*, 9, pp. 23-60.

MORENO ROMERA, Bibiana (1983): “Traslado del Rey Don Fernando El Católico difunto, desde Madrigalejo a la ciudad de Granada”, *Anuario de Historia Contemporánea*, 10, pp. 249-264.

MORTE GARCÍA, Carmen (2014): “La imagen de Fernando el Católico en el Arte: el tiempo vivido y el tiempo recreado (1452-1700)”. EGI-DO, Aurora y LAPLANA, José Enrique (eds.), *La imagen de Fernando el Católico en la Historia, la Literatura y el Arte*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 279-374.

PASCUAL MOLINA, Jesús F. (2013): *Fiesta y poder. La Corte en Valladolid (1502-1559)*, Valladolid, Universidad de Valladolid.

PITA ANDRADE, José Manuel (coord.) (1994): *El libro de la Capilla Real*, Granada: Ilmo. Cabillo de Capellanes Reales de Granada.

RAMÍREZ DE ARELLANO, Rafael (1919): “Viaje del cadáver de D. Fernando el Católico a Granada”, *Toletum*, 5, pp. 251-252.

RUIZ GARCÍA, Elisa (2003): “Aspectos representativos en el ceremonial de unas exequias reales (a. 1504-1516)”, *en En la España Medieval*, 26, pp. 263-294.

RUIZ GARCÍA, Elisa (2015): “Exequias en memoria de Fernando II de Aragón”, *en Fernando II de Aragón. El rey que imaginó España y la abrió a Europa (Cat. -exp.)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, pp. 390-391.

SOLANO COSTA, Fernando (1965): “La muerte de Fernando el Católico”, *Zaragoza*, XXII, pp. 113- 120.

VARELA, Javier (1990): *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1558)*, Madrid, Turner.

WOODWARD, Jennifer (1997): *The Theatre of Death. The ritual management of royal funerals in Renaissance England, 1570-1625*, Woodbridge (Suffolk, Reino Unido), The Boydell Press.

ZALAMA, Miguel Ángel y PASCUAL MOLINA, Jesús F. (2015): “Exequias por la reina Juana I en Londres: religión, política y arte”. *Potestas*, 8, pp. 149-174.

ZURITA, Jerónimo (1610): *Los cinco libros postreros de la historia del rey don Hernando el Catholico. De las empresas, y ligas de Italia*, VI, Zaragoza, Juan de Lanaja y Quartanet [1580].